

A la sombra del espejo de obsidiana

Al llegar a este momento de lo escrito, sintiendo la vivencia de detenerse para ser soplado, siento como el deseo de hablar contigo, tus diez años fuera y mis diez años dentro conversando en una terraza, donde la limonada con anís nos da una ubicuidad fácilmente universalista, tal vez la sombra del espejo de obsidiana.

José Lezama Lima, borrador de una carta a Severo Sarduy.

En el ámbito de las letras cubanas –y aun fuera de él–, es casi un tópico de nuestra historia literaria más reciente asociar los nombres de José Lezama Lima y de Severo Sarduy. Se ha hablado de sus destinos paralelos, de su común actitud ante escritura y vida, y se ha destacado el estrecho lazo que los une en la continuidad generacional de un mismo proyecto estético: la aventura de la poética neobarroca hispanoamericana. Desde la aparición del polémico libro de Lorenzo García Vega, *Los años de Orígenes* (1979), es además moneda corriente ver en Sarduy al «heredero» de Lezama Lima, calificación ésta que ha sido utilizada, con mejor o peor intención, a fin de señalar la deuda del camagüeyano para con el célebre Etrusco de la Habana Vieja. Sorprende descubrir, sin embargo, cuando se revisa la bibliografía de Sarduy, que no fue mucho en verdad lo que escribió sobre la obra de Lezama Lima. Y es que, si dejamos de lado un puñado de notas dispersas en periódicos y revistas, los textos recogidos en sus libros de ensayos son apenas dos. El primero, «Dispersión. Falsas notas/Homenaje a Lezama», fue publicado originalmente en el número 24 de *Mundo Nuevo* en 1968 y se incluyó, al año siguiente, en *Escrito sobre un cuerpo* (1969); el segundo, «Carta de Lezama», apareció en los números 1-2 de *Escandalar* en 1982 y, más tarde, pasó a formar parte de *El Cristo de la rue Jacob* (1987). Fuera de estos dos escritos de cierta extensión, nada hemos de encontrar en los libros que Sarduy nos dejó. Existe, empero, un tercer ensayo de la misma importancia que todavía no ha sido repertoriado por los bibliógrafos aunque se publicó hace ya varios años, en 1988, con la edición de *Paradiso* preparada por Cintio Vitier para la colección Archivos. Su título, «Un heredero», es una clara respuesta a

García Vega y, dado el tenor de esas páginas, es muy probable que, de haber vivido un poco más, Sarduy habría acabado recogién-dolas en un nuevo volumen. Fue la última lectura que dedicó a Lezama Lima, casi como un gesto de despedida que, invirtiendo sus signos, se abriera hacia el porvenir. «Un heredero» completa así el juego de testimonios de que hoy disponemos para dar fe de lo que fuera, a la vez, una honda amistad y un fecundo discipulado. Ambos se confunden en un solo vínculo marcado por una constante voluntad de desciframiento y, sobre todo, de invención. Pues el Lezama Lima de Sarduy, como buen maestro, es también *obra* de su discípulo. Más allá de toda mecánica idea de modelo o de influencia, es fruto de un reconocimiento que anima un secreto afán de recreación.

Los años de La Habana, los años de París

La relación entre los dos hombres no siempre tuvo este carácter reverente. Vale la pena hacer un poco de historia para entender que el camino que condujo a Sarduy hasta Lezama Lima fue largo y tortuoso. Recordemos que cuando el camagüeyano se instala con su familia en La Habana en 1956, ya ha publicado su primer poema en *Ciclón*. La aparición de ese texto en el número 4 de la revista, en 1955, había sido celebrada como un triunfo por el joven provinciano que, desde su ciudad natal, seguía atentamente los avatares de la vida literaria habanera. Sin duda no ignoraba entonces que una ruda polémica había marcado el surgimiento de la revista y que *Ciclón* era, ante todo, el resultado de la ruptura entre los dos redactores de *Orígenes*, Lezama Lima y Rodríguez Feo. Es sabido que éste último, en el manifiesto inaugural de *Ciclón*, anunciaba que la nueva publicación borraría a *Orígenes* «de un golpe» y la calificaba de «peso muerto» dentro de la cultura cubana. No voy a detenerme aquí a analizar un debate que ya ha sido ampliamente estudiado aunque, de seguro, en él persisten aún zonas de sombra. Lo que me interesa es que, en el enfrentamiento entre origenistas y cicloneiros, es decir, entre lezamianos y antilezamianos, el Sarduy que llega a La Habana en 1956 implícitamente ya ha tomado partido. Su referencia en la capital es *Ciclón*, pues es el grupo de Rodríguez Feo el que le ha abierto las puertas ofreciéndole un espacio para dar a conocer su trabajo. Aún más, es el grupo de Rodríguez Feo el que ha hecho posible ese paso decisivo que Sarduy, entre bromas y veras, llama más tarde su ingreso «en el mundo de las letras»¹. Nada más natural, pues, que la relación que se

¹ Cf. «Cronología» in Severo Sarduy, *Espiral/Figuras*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1976, p. 9.

establece entre el recién llegado y los oponentes de Lezama Lima. Ese mismo año de 1956 –el año en que desaparece *Orígenes*– Sarduy publica tres nuevos textos en *Ciclón* y traba amistad con el director de la revista y con otro notorio antilezamiano, Virgilio Piñera. Éste, unos años antes, había llegado a las manos con Lezama Lima en el patio del Lyceum, tras publicar varias reseñas tendenciosas contra el poeta. Piñera se convierte rápidamente en el más íntimo amigo del joven camagüeyano hasta el punto de que, en la casa de los Sarduy Aguilar, se le considera entonces como un miembro más de la familia.

Colaborador de *Ciclón*, protegido de Rodríguez Feo y casi hermano de Virgilio Piñera, se comprende que el Sarduy de los años habaneros mal podía dejar de endosar la actitud hostil de su entorno para con Lezama Lima. Como bien escribe González Echevarría, «Sarduy no podía substraerse a la irreverencia del grupo, a la postura de compromiso político en oposición al elitismo de *Orígenes*...»². Además, es sabido que los jóvenes de *Ciclón* defendían una poética básicamente cosmopolita y vanguardista que chocaba con muchas de las tesis lezamianas. Pero quizá nada resume mejor el clima conflictivo de aquella época que unas declaraciones del propio Sarduy, muchos años después, en las páginas de *Quimera*:

Lezama, demás está decirlo, no era santo de la devoción de *Ciclón*. *Orígenes* había terminado con un escandalete que dividió a La Habana en dos. Sus descuidos culturales, o la desidia de los tipógrafos cubanos, que por supuesto era peor, fueron objeto de sorna. Lezama hablaba en un artículo de la Fontana de *Travers*. Imagínate lo que fue aquello. De modo que, afiliado a *Ciclón*, conocí muy tarde a Lezama y compartí poco con él. Hasta cometí una nota un tanto *objetiva* sobre uno de sus libros, creo que *La expresión americana*. Sus devotos de entonces me abominaron. Que Dios me perdone³.

En realidad, la nota a la que Sarduy alude no es una reseña sobre *La expresión americana* sino sobre *Tratados en La Habana*. Escrita en 1958, en ella, tomando una actitud condescendiente, Sarduy califica a Lezama Lima de «discutido autor cubano» y llega incluso a afirmar –suprema afrenta– que Eliseo Diego es el poeta «más interesante» de *Orígenes*. Huelga destacar en cuán vasta medida estos juicios lo identifican públicamente con la bandería de *Ciclón*. En privado, como él mismo señala, Sarduy participa en las burlas y choteos a que dan lugar las numerosas imprecisiones de la erudición lezamiana, sus extensas y erráticas referencias culturales. Muchos años después, el escritor ha de

² La ruta de Severo Sarduy, *Ediciones del Norte, Hanover, 1987, p. 23.*

³ «Una autobiografía pulverizada» in *Quimera 102, Madrid, 1991, p. 36.*

lamentar esta distancia que lo separara entonces del maestro habanero aunque también confiesa, en uno de sus últimos textos, que a menudo se detenía en la calle Trocadero para tratar de escuchar en secreto su voz⁴.

El acercamiento a Lezama Lima se produce, paradójicamente, ya muy lejos de La Habana, desde un París donde Sarduy, exilado, revisa sus convicciones de antaño y sus relaciones con la literatura cubana. «Poco a poco –declarará más tarde–, como sucede con una montaña cuyas dimensiones uno no ve cuando está en ella o cerca de ella, su escritura, con la lejanía, fue creciendo, se fue acercando a mí como una gracia o un carisma...»⁵. Ha debido de sorprender así a muchos de sus antiguos correligionarios el ardor con que el novelista de *Gestos* defiende a Lezama Lima en las entrevistas que le concede a Rodríguez Monegal en 1966. Cabe evocar esa frase lapidaria en la que sostiene que «el barroco de verdad en Cuba es Lezama. Carpentier es un neogótico, que no es lo mismo que un barroco»⁶. En la polarización creciente entre las dos figuras como símbolos opuestos de las letras cubanas, Sarduy se alinea ahora sin titubeos junto al Etrusco de la Habana Vieja. Sin embargo, hay que esperar un año más para que se dé una situación de vivo antagonismo que le permita ajustar cuentas con su pasado y afirmar plenamente su nueva filiación. Se trata de la polémica entre Rodríguez Monegal y Vargas Llosa a propósito de la homosexualidad en *Paradiso*, un intercambio de opiniones, más acalorado que luminoso, que tiene lugar en las páginas de *Mundo Nuevo*. No es otro el contexto –y, sobre todo, el pretexto– de «Dispersión. Falsas Notas/Homenaje a Lezama».

Era de esperar que Sarduy, quien nunca ocultó su homosexualidad, saliera a la palestra en tal combate e interviniese con un texto sobre la supuesta inmoralidad de la novela. Pero, aunque el erotismo es uno de los temas del ensayo, la verdad es que las preocupaciones del camagüeyano parecen muy distintas y es muy otra su pelea. Efectivamente, si se lee dentro de su contexto, es claro que «Dispersión. Falsas Notas...» constituye menos una respuesta a Vargas Llosa o a Rodríguez Monegal que una vindicación de Lezama Lima redactada contra el grupo de *Ciclón*. No en vano el escrito está dedicado a Rolando Escardó que «en 1949, me entregó un ejemplar de *Orígenes*» y lleva además un epígrafe tomado de «Sierpe de don Luis de Góngora» donde el maestro habanero explica, en función de las exigencias poéticas, las inverosímiles descripciones zoológicas del poeta cordobés, «como hablar de las escamas de

⁴ Cf. «Imágenes del tiempo inmóvil» in Boletín de la Colección Archivos n° 1, Madrid, Verano de 1991.

⁵ «Reflexión, ampliación, cámara de eco: entrevista con Severo Sarduy» in Gustavo Guerrero, Itinerarios, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1996, p. 139.

⁶ Emir Rodríguez Monegal, El arte de narrar, Monte Ávila Editores, Caracas, 1977, p. 287.